Postal Jorge Amado

Juan Gustavo Cobo Borda

Fechada en Rio de Janeiro en 1930, la primera novela de Jorge Amado se titula *El país del carnaval*. Nacido el 10 de agosto de 1912, Amado centra su peripecia en la figura de Paulo Rigger, un joven de veintiséis años que había pasado siete años en París aparentemente estudiando derecho, pero en realidad convirtiéndose en un cerebral desencantado, «casi indiferente, espectador de la vida, hacia tiempo había perdido el sentido de Dios y no había hallado el sentido de patria» (p. 13).

Tenía recursos y ansiaba recobrar vitalidad y claves para comprender su país. Las encuentra, aparentemente, en un grupo de amigos, bohemios y literatos que se agrupan en torno a la figura de un Sócrates escéptico que les infunde dudas y perplejidades. Se llama Pedro Ticiano y parece la negatividad misma. Sin embargo el ardor y la ambición juvenil lleva a cada uno de los miembros del grupo a buscar su realización, a perseguir el fantasma de la felicidad, por muy diversas vías: los sentidos, el periodismo, la política, la filosofía, el poder, la religión, el dinero o el aburguesamiento, simple y llano. Paulo comienza su odisea por el carnaval mismo, donde una mulata, arrebato de lujuria y carne, lo impulsa a escribir poesía: «el Brasil es un pedazo de África que emigro para América» y en ese contacto ira desechando su venal aventura con Julie una francesita fácil quién se le pega en el barco del regreso.

Novela juvenil, más de esquemas de caracteres, sus figuras adoptan poses de *blasé*, hastiados de todo, y tal aburrimiento suscita frases provocadoras y actitudes contestatarias.

Pero si bien Ticiano les hace creer que por ser superiores no hallarán la felicidad, digna apenas de la gente elemental y plana, Paulo va descubriendo algo de su país y de sí mismo en forma

insospechada. Lo dirá de este modo: «yo no tengo sentido de patria. Solo me sentí brasileño dos veces. Una, en el Carnaval, cuando sambé en la calle. La otra cuando le pegué a Julie. Después que me traicionó». (p. 62)

Ese nacionalismo y ese machismo se harán más explícitos cuando enamorado de una brasileña, María de Lourdes, pobre pero sensible y franca, termina por rechazarla en víspera del matrimonio: «una joven que se había dejado poseer por un hombre ya no puede casarse, pues las leyes dicen que en una piel intacta reside toda honra del mundo». (p. 83)

Celoso, sin poder vencer las convenciones, sabiendo que esa mulatita de familia desconocida, como la llaman sus amigos, era la meta y el sentido de su vida, Paulo ve como todo el grupo se va a acomodando al status-quo. Ricardo se va al interior del país, con un buen sueldo como Fiscal. José López escribe una novela, sin pena ni gloria, sobre todos ellos titulada «Los mendigos de la felicidad». Otro se hace rico vendiendo reportajes pagados en el periódico donde se iniciaron. Ticiano, finalmente, muere, dándoles el postrer y budista consejo: «No desear. Llegar a la suprema renunciación, no querer. Vivir para morir» (p. 135).

Pero el verdadero final de esta novela no esta aquí. Es la serenidad, según el narrador, que alcanza José López al convertirse en comunista; y es, sobre todo, le espléndida página con que Amado retrata una ciudad del interior de Brasil, una ciudad del Norte muy semejante a esas ciudades como Santiago de Ilhéus que en contrapunto con San Salvador de Bahía serán los ejes fundamentales de su narrativa. Esas fazendas de cacao, erigidas por hombres bravíos y emprendedores. Esos coroneles, como los llaman, que no vacilan en desatar un duelo a tiros con sus rivales y que sin Dios ni Ley luego buscarán, como el padre de Amado, que sus hijos estudien en un colegio de jesuitas, en la capital de esos Estados federales, que en aquellos años 30 se debaten entre la Revolución y la Legitimidad.

Esas ciudades aparentemente letárgicas encierran muchas pasiones, muchas historias, y hasta sus ochenta años las narrará con simpatía y malicia. Y sagazmente pondrá en la piel de sus mujeres al verdadero país del carnaval: aquel que ahora se llama Gabriela clavo y canela, Teresa Batista cansada de guerra o Doña

Flor y sus dos maridos. Un largo camino, lleno de delicias, para recorrer desde estos ingenuos orígenes.

Entre la Semana del Arte Moderno de 1922 y la revolución de 1930, Amado se sitúa con esta primera novela en la búsqueda de su voz. No hay certezas aún pero ya se notan otros signos de su estilo: a partir de 1927, estudiando como externo en Salvador comienza a trabajar en la prensa y a vivir solo, en una casa de pensión, en la ladera de Pelourinho, zona pobre de la ciudad. Allí se impregna con el hervor inagotable de la vida popular, tan pintoresca como desamparada, tan recursiva y astuta como incapaz de vencer las duras condiciones de desigualdad. Allí también se dará su contacto con los valores culturales del mestizaje y el sincretismo afrobrasileño, perceptible en toda su obra pero explicito en su novela *Desaparición de la Santa* (1988).

Pero su afiliación al partido comunista encamina su narrativa hacia la denuncia. Obras como *Cacao* (1933) y *Sudor* (1934), más que novelas proletarias terminan por ser novelas panfletarias. Lucha contra la dictadura de Getulio Vargas, exilios, prosa de combate y denuncia, solo en 1958, con *Gabriela, clavo y canela* sintoniza su mundo con los intereses del lector. Y con el juego de dobles, espejismos, y travesuras con la propia ficción, que resume de modo ejemplar el volumen de 1961: *Los viejos marineros*, ese mar tan exaltado e incorporado a sus líneas, con sus arrebatos y sus enigmas, con su fascinación inagotable, ya perceptible desde *El país del carnaval.*

La muerte de Quincas Berro Dagua, el hombre que abandonó su respetabilidad burguesa de «ejemplar funcionario de la Dirección General de Rentas del Estado», llamándose Joaquin Soares da Cunha, para convertirse en «Rey de los vagabundos de Bahía» a los cincuenta años, es una esplendida parábola de lo sano que resulta la ruptura de rutinas. Bebedor, libertino y jugador, este «Senador de los bailongos» avergonzará durante 14 años a su familia. Y muere de mala manera, llevando a su hija Vanda a enterrarlo, afrontando el escándalo y descubriendo la crapulosa corte de malandrines que lo rodea. Filósofos de esquina, desplumadores de incautos, que van a velar al amigo y se encuentran con su roñosa familia, tacaña en el precio del ataúd y preocupada por el que dirán. Mientras el muerto parece reír con todo aquello, le dan

de beber, lo despojan de la ropa nueva que le han comprado-sin calzoncillos, y se lo llevan a una comilona en un barco.

Incongruente, deliciosa, fraternal, la noche se ha vuelto de compinches que hacen real el sueño fracasado del amigo: «Viejo sin barco y sin mar, desmoralizado en tierra, pero no por culpa suya (.....) Su destino fue truncado» (p. 48). Ahora, muerto y disfrutando «raya perfumada con aceite de dendê y pimienta brava» (p. 83) emprenderá su postrera navegación. Atrás las mujeres que son víboras y los hombres apenas borregos. En frente solo el mar y cerca su amante y sus amigos. Esta muerto pero nunca vivió con tal intensidad ese temporal que se desata. Esa furia de los elementos son control.

En medio del mar que aúlla, Quincas caerá al agua y desaparece para siempre. La funeraria no acepto el ataúd de vuelta y la familia tuvo que pagar, «me enterrare a mi manera,/ y cuando me de la gana./ Pueden guardar su ataúd / para mejor ocasión,/ que no me van a agarrar y meterme en un cajón» (p. 87). Esta corta *nouvelle*, del año 1959, encierra muchas de las mejores cualidades de la prosa de Amado: irreverencia, humor, ternura solidaria, y capacidad para mantener un ritmo alerta y desopilante a la vez. Con la máscara de la comedia, del juego mortal con la muerte misma, reafirma la vida y sus prodigios. Ya no hay límites sino espacios creativos, traspasados y pulidos por la energía arrebatada de la literatura misma jugándose en el peligroso filo de la incredulidad. Claro que un muerto quiera acostarse, de vez en cuando en la calle, para descansar, mientras los amigos echan otro trago para recobrar fuerzas. Claro que un muerto puede participar en una pelea o guiñarle el ojo a una mujer que lo quiere y lo llora. Claro que un muerto puede caer al mar, si un barco de balancea. Claro que los muertos están más vivos que nadie en la jugosa prosa de Amado. Como él dijo en sus recuerdos infantiles: «¿Qué otra cosa he sido sino un novelista de putas y vagabundos? Si alguna belleza existe en lo que escribí proviene de esos desposeídos, de esas mujeres marcadas con hierro candente, los que están al borde de la muerte en el ultimo escalón del abandono»